

MIL NOVECIENTOS SETENTA Y OCHO

Patricia Suárez*

NOTA DEL EDITOR

Éste es un cuento inédito de la autora, quien tuvo la gentileza de cedérselo para nuestra revista.

Tengo nueve años, pero de pronto salgo al balcón y miro para afuera. El balcón está enrejado; dice ella que a los cuatro le juré que me iba a tirar por el balcón apenas pudiera. Ella me dijo que fuera y me tire y me encajó dos sopapos por insolente. Al día siguiente, hizo enrejar el balcón. A veces, parece que me quiere, pero yo no estoy segura. A veces, creo que nadie me quiere y cuando lo digo en voz alta, me quejo, ella dice: «Ya estás haciéndote la mártir»; la detesto cuando me habla así. Afuera están todos festejando, la calle arde de banderitas celestes y blancas. Saltan, silban. Papá y mi hermanito están ahí. Me vienen a buscar, pero estoy terminando de pegar los muebles en mi casa de muñecas. Es una caja de zapatos; acá hay cajas de zapatos por todas partes porque tenemos una zapatería. Mi hermano se llama Crispín porque san Crispino es el santo que protege a los zapateros; tiene tres años y medio; ella no sabía que esperaba otro bebé hasta que estaba muy panzona: creía que se había enfermado de los riñones. La zapatería era de mi abuelo, pasó a mi abuela cuando enviudó y cuando la vieja bruja reviente será de mi papá y mi tío. A mi tío tampoco lo quiere nadie, porque es armenio. Armenia es el sitio adonde estacionó el Arca de Noé; en el Monte Ararat para ser más precisos. La casita de muñecas para la clase es una idea de *Miss* Nancy, la maestra de inglés. Para que nombremos los muebles y las cosas que componen una casa en idioma inglés. *Bed*, cama; *table*, mesa; *chair*, silla; *Miss* Nancy es una estúpida. Miss Nancy es mi maestra de inglés en el Colegio Nuestra Señora de los Ángeles; también tengo otra maestra de inglés, en el Colegio Inglés, adonde voy por la tarde a tomar clases de inglés inglés, no de inglés americano. No recuerdo el nombre de esa tipa del Colegio Inglés; es joven y pronuncia mal. Dicen que si en Inglaterra no pronunciás bien, nunca te contestan una pregunta, para castigarte.

* Narradora, poeta, dramaturga y periodista rosarina, acreedora de prestigiosos premios por su obra. Correo electrónico: cazadoraoculta@gmail.com

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 232-237.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

Les preguntás dónde queda una calle y te dan vuelta la cara; te perdés en Londres por hablar mal. Ella está en cama y me pide que me quede a hacerle compañía. Todavía faltan dos años para que empiece con las pastillas y se haga dependiente de los ansiolíticos; pero ya está triste aunque yo no entiendo bien por qué. Papá y Crispín van a ir al Monumento; se reunirán ahí para saltar y vitorear que la Argentina es el Campeón Mundial de Fútbol '78. Gritan el que no salta es un holandés. Gritan cosas fuertes y comen salchichas y toman cerveza como si fueran alemanes, pero no somos alemanes sino argentinos y, además, a los alemanes no los tragamos porque si hubieran podido, nos hubieran gaseado en las cámaras de gas, así dice ella. Los odio a todos; odio a mi familia, odio a mi país.

Lo peor son las clases de Actividades Prácticas, labores, que hay. Peor que la flauta dulce, peor que conjugar verbos. Tejer una bufanda en punto santa clara, hacer un jueguito de comedor con broches para la ropa, pegado con una pasta casera que indefectiblemente se despega en media hora. Un día nos enseñan a hacer la choco-torta y cuando llego a casa con eso en una budinera, ella la desmolda con un cuchillito alemán filoso, el mazacote en el tacho de basura. Le pregunto por qué lo hace y me dice que si quiero que nos muramos todos de un ataque al hígado. La maestra de labores se llama Alicia; dicen que es guerrillera, pero no debe ser cierto porque las monjas la apañan. Una maestra de primer grado, que sí era guerrillera, la señorita Patricia, en cuanto la descubrieron las monjas, la echaron de la escuela. Le pregunto a la señorita Alicia si trayendo la labor hecha me permite hacer otra cosa en clase; me dice que sí, siempre que sea una actividad silenciosa. Le digo que traeré libros para leer; ella acepta y a partir de ahí llevo *Nancy Drew*, *Los Hardy Boys* y *Los Hollister*. Papá me regaló *Bajo las Lilas*, pero es de un aburrimiento mortal. Llevo *Los Cinco famosos*. Nadie en mi clase lee mucho; las chicas no conocen a *Los Hardy Boys*, a pesar de que hay una serie de ellos en la televisión. El actor principal es cantante también, Shaun Cassidy. Ninguna sabe mucho menos quién es Shaun Cassidy, pero yo conseguí un *cassette* en una disquería de mala muerte y lo escucho en mi grabador todo el día: me gusta. Papá dice que lo único que vale la pena oírse es la música clásica, Bach, Beethoven, porque cuando uno la oye cierra los ojos y se imagina un prado verde y un arroyuelo. Para oír eso —que ella llama música de entierro— hay que sintonizar la radio, porque él no tiene *cassettes* con qué imaginar el prado verde. Además, dice que si sigo escuchando esta porquería de Shaun Cassidy me la va a tirar a la mierda. Como sea, en el curso las chicas me piden que les preste los libros.

En mi casa me dicen que no los preste, pero yo los presto igual. Sigo teniendo nueve años, pero le digo a ella que si a esta altura voy a privar a los demás de darse un gusto con mis cosas miserables, estoy fritada; y, aparte, Jesús nos enseñó que hay que dar. Ella me da vuelta la cara de un cachetazo.

Nosotros tenemos muchos bolillos.

- Nadie sabe que mi abuelo difunto vio platos voladores cuando viajaba a La Quiaca con mi tío armenio en el *Chey*. Fueron los de Inteligencia y lo entrevistaron; salió una nota en el diario local. Mi abuela y otros creen que el abuelo veía visiones cuando estaba borracho.

- Nadie sabe que la abreviatura «Dr», doctor, delante del apellido de papá en la chapita del portero no indica que él sea médico, sino abogado. La gente cree que él es médico y cuando le preguntan él asiente y dice que sí, especialista.

- Nadie sabe que mi abuelo S. roba estampillas en el correo para su colección de filatelia.

- Nadie sabe que el primo de ella desfalcó el tesoro de la sinagoga sefardí en la que su padre era el rabino.

- Nadie sabe que mi abuela la zapatera mató a su marido con su propio revólver. Los parientes no tan cercanos creen que fue un accidente.

- Nadie sabe que somos judíos.

Un día voy a la escuela y hay soldados en el taller adonde papá guarda el Renault. En el taller, hay una habitación entera llena de pajaritos: hay canarios, cardenales, jilgueros. Hay siete colores, diamantes, mistos, loros, cotorritas australianas. Hay hasta un chajá. No los venden, sino que al dueño del taller le gusta tenerlos y que la gente los vaya a mirar. A los hombres les gusta ir al taller, porque estacionan el auto y dejan a los chicos mirando los pajaritos. Después, ellos se van a charlar con él; hablan de autos, de carrocerías, de la pelea del sábado, del fútbol del domingo, del clásico, los clásicos y de política. El dueño del taller asa unos chorizos y alguien descorcha un vino. Al final, los chicos juegan a la pelota porque se aburren de los bichos y nadie logra entender para qué el viejo ese cazó un chajá, que es un ave silvestre, para irlo a enjaular en un lugar así, que es peor que la muerte. Ganas de hacer daño, dice mi papá. Todos se ríen mucho y fuerte con los choripanes en el taller, y ahora llegan los soldados y no cantan ni los pájaros. ¿Qué habrá sido del chajá?

Los militares están en el gobierno hace un tiempo largo; tienen lo que se llama gobierno de facto, explicó papá, que es cuando toman el mando de una nación por la fuerza, explica que le explicaron en la facultad de Derecho, en la época en la que él cursaba la facultad de Derecho, pero que esto yo no lo diga a nadie. Un país tiene una Constitución Nacional que debe respetarse, pero por el momento no está siendo respetada, sino que es una Dictadura. No entiendo mucho de que me habla, pero ella, mi madre, lo interrumpe y le dice que por Dios ya se calle y no hable, que ella quiere criarnos como la criaron a ella, derechito. En la casa de ella, recalca, nunca se hablaba de sexo, de política ni de religión y, por eso, nunca había discusiones. A los siete años, voy y le pregunto a la panadera cuándo se irán los militares. La panadera se llama Graciela y el marido Jerónimo y es indio. A mí me mandan a comprar tres felipes y una varilla, siempre el mismo encargo. Aprovecho y espío a un chico que me gusta, se llama Daniel Wexler. Los militares se adueñaron del poder el mes de mi cumpleaños, cuando cumplía siete. A los siete y medio es cuando le pregunto a la panadera. Ella dice: «A fin de año se irán», y agrega que no me preocupe. Pero sus predicciones son inexactas y todavía se quedan seis años más. Daniel Wexler tiene la nariz aguileña, muy fina, y ojos verdes achinados. Lo miro y sigo de largo; él no me mira. Me digo que cuando tenga un hijo le voy a poner de nombre Daniel, porque es el nombre más hermoso del mundo. Mi edificio está pegado al suyo, así que mi amor por mi vecino se reduce a trepar de una terraza a la otra y espiar. Así lo hago varias veces, hasta los once o doce cuando me mudo de barrio. Él ni siquiera se fija en mí; yo creo que gusta de una chica que se llama Jacqueline y es hija del presidente de la Asociación de comerciantes de la calle San Luis. Los nombres raros se pusieron de moda hace un tiempo; pero si no figuran en el Registro Civil, no los ponen, porque los del Registro quieren que todos los argentinos tengamos nombres cristianos. La amiga de ella que vive en Fighiera le pone al hijo de nombre Peter —Peter también me gusta— que ahora tiene mi edad. Va a un Registro perdido, y un juez de paz que está ebrio lo anota como ella quiere. También le tiran unos pesos al tipo. Otro amigo de ella, de James Craik, Córdoba, le quiere poner a su hija Ximena con X, no con J. Pero como no tiene plata para sobornar al Juez, redacta una carta a las autoridades donde cuenta que Ximena con X se llamaba la hija del Mío Cid que es un gran personaje de la lengua castellana, un buen cristiano y un valiente soldado también que luchó por la reorganización nacional matando a los moros. El juez de turno lo autoriza a ponerle Ximena a la nena y asunto terminado; al juez, dice el amigo de ella entre risas, lo que le gustó era que le doraran la píldora

con lo de los militares. Es un juez que está ahí oficiando en James Craik porque lo metió un coronel, sino seguía dando clases en alguna escuelita de curas. Mi nombre, en cambio, no tiene nada de especial, porque ella se olvidó el nombre que quería ponerme cuando fue al hospital y le pidió a mi tía que me pusiera el que indicaba el santoral. Después se acuerda, cuando ya me anotó mi papá. Era Yvonne o Ivonne con i latina; porque Yvonne era el nombre de una mujer, la cabaretera de la que su padre, mi abuelo el difunto, se había enamorado antes de morir y con quien engañaba a mi abuela la asesina. Después, ella dice que quiere mucho a su madre y, sin empacho, me pone el nombre del almanaque. Si Daniel Wexler la mira a Jacqueline, como yo creía, porque se llama Jacqueline, a mí no iría a notarme. Una vez, como quince años después, cuando ya tengo veintipico, abro la puerta de la casa donde vivo con mi marido, y está él, Daniel Wexler. Medio metro más alto y con cincuenta kilos más. Es un tipo gordo que se hace cargo de la tienda textil del padre. Me pregunta: «¿Vos sos...?» y dice mi nombre vulgar, ordinario, que comparto con un alto porcentaje de mujeres de mi generación. Yo niego serlo y entonces él agrega: «Sí. ¿Vos no vivías en la calle Salta y Paraguay?» Repito que no y llamo a los gritos a mi marido, que hay un tipo afuera, un vendedor que lo viene a buscar porque él le encargó un género pesado, parecido al terciopelo, para confeccionar un telón o algo por el estilo.

No me dejan salir a ninguna fiesta; me paso el tiempo como una estúpida leyendo los tres tomos del diccionario o una enciclopedia que se llama «Lo sé todo». Imagino que si leo los siete tomos del «Lo sé todo», voy a saberlo todo, pero más adelante descubro en una biblioteca que, en realidad, la enciclopedia completa consta de veintiún tomos. Tengo un juego de laboratorio que mi hermanito me destroza. Quiero andar en bicicleta, pero no me dejan. Me compran una patineta y me dicen que me entretenga andando en patineta por el balcón. Quiero un perro, pero no me dejan. Un conejo, pero no me dejan. Dicen que me comprarán una tortuga. Quiero aprender a nadar, pero no me mandan a las clases de natación. No quieren que salga. Una chica de mi clase tiene una churrería. En invierno venden churros y en verano helados. Cada vez que paso por ahí, me convida y yo acepto. Pero ella me dice que no le acepte porque son unos negros, que la chica es varonera y que anda suelto a partir de las siete de la tarde, el sátiro de la torta frita, que abusa de las nenas. Un día la mamá de la churrera viene a buscarla y ella le regala un par de zapatos para las hijas. Son seis hermanos; una desgracia. Ella dice que verá lo que puede hacer y al día siguiente o a la semana siguiente trae

del negocio varios pares de zapatillas y se los da. Tiene un gesto de generosidad; uno de los pocos que le conozco. Otra chica es mi mejor amiga, Laurita Creus. El padre trabaja en una empresa de seguros y mi familia no pone reparos. Un día, a las once, nos escapamos y nos vamos al club. La Asociación Cristiana de Jóvenes. Nos ponemos la malla y ella me enseña a nadar. Es así: primero, yo braceo mucho y ella me toma de los pies. Vamos nadando largos en la pileta de esta manera; después, el *crawl* lo hace ella y yo pataleo. Después, nada al lado mío, flanqueándome como un delfín. Aprendo a nadar: no hay nadie en el mundo a quien quiera más que a Laurita Creus. A fin de año, al padre lo trasladan a una sucursal en San Miguel de Tucumán y nunca más vuelvo a saber de ella.

En la clase de labor seguimos leyendo a Nancy Drew y cuando acabamos los libros, a mí se me ocurre que escribamos nuestras historias. Nuestros *best sellers*, dice una. Somos cuatro chicas y somos las protagonistas de las aventuras que yo escribo en un cuaderno viejo, con letra apurada. La señorita Alicia nos suplica que no hagamos el menor ruido, porque sino deberemos hacer las labores como las demás: bordar el Corazón de Jesús en un bastidor, hacerle un vestidito azul a la muñeca. No hacemos ruido; somos felices. Una de ellas dice que a los dieciocho nos iremos de casa, alquilaremos un departamento y viviremos ahí todas juntas. Seremos como *Los Angeles de Charlie*, es una fantasía, por supuesto, que nunca se realizó. Un día, la señorita Alicia desaparece. Nadie nos ofrece explicaciones, así que a lo mejor la señorita Alicia era de verdad guerrillera, como decían. La monja de cara más adusta la reemplaza. No permite ni la lectura ni la escritura, sino que debemos concentrarnos en el hilo perlé, en los bordados; me concentro mordiéndome los labios, tragándome las lágrimas.

Miss Nancy, sin embargo, sí prevalece; sigue dando las clases de inglés y el día que Argentina gana el mundial de fútbol, ella viene con una escarapela puesta en el guardapolvo y grita: «*Argentina is on the top of the world!*» y «*We're the champions!*» y otras frases imbéciles. Nos hace preguntas sobre el partido, la final contra los holandeses, para ejercitar nuestro inglés, frases del tipo: «*Do you enjoy the team?*» o «*Do you like the party?*» «*Who is the most player in the world?*», etcétera, siempre en presente porque el pasado, los tiempos verbales del pasado es algo que no manejamos aun —y en un sentido amplio, no lo lograremos nunca—; pero *Miss Nancy* está eufórica y da saltitos por toda el aula como un animalito salido de una enciclopedia de Australia, una rata canguro o alguna clase de esas alimañas extranjeras.